

Algunas Consideraciones Acerca del Narrativismo en la Historia

Claudia Vergara Yáñez

Universidad Andrés Bello

Introducción

La historia contiene todo cuanto pasa en el universo. Esto es aquello que convoca al tiempo, al hombre y al cosmos. Es un acontecimiento de la historia la explosión de una estrella, como el haberme levantado esta mañana. La explosión de una estrella y el inicio de mis actividades se han dado en el devenir del tiempo y del espacio. También forma parte de la historia aquello que no se sabe que fue, pero que fue. Por lo tanto aquello que el hombre pueda descubrir de lo que ha sucedido, como también, lo que tal vez nunca podrá conocer pero que ha sucedido.

Pero sí existe esta diversidad de acontecimientos por sí mismos, estos como tal, no son historia. Están en ella, pero no son en sí historia. Esta es la clave para abrir al historiador la posibilidad de dar carácter de historia a aquello que sucedió. Así como un autor de ficción da vida a un relato que no existió, el historiador da vida a un relato histórico con acontecimientos verdaderos.

Los acontecimientos dispersos están ahí, y el historiador descubrirá un móvil capaz de unir una red de relaciones que se tejen para formar una narración.

Lo que interesa aquí es sondear las orientaciones que puede enfrentar el historiador, en cuanto al ejercicio de la disciplina, a la luz de la corriente narrativista.

Paul Ricoeur dentro de los alegatos a favor de la narración¹, esgrimido por una diversidad de autores, expone que la historia es considerada como intrínsecamente historiografía, donde la escritura forma parte de la historia, no como algo externo a ella sino que constituye el modo histórico de comprensión.

Por mucho tiempo, la atención fue puesta en la científicidad en la historia, lo cual oscureció la mirada atrevida, de ver la historia situada en el campo de la ficción.

¹ Paul Ricoeur: **Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico**. Editorial Siglo Veintiuno editores, S.A.: 1995. Madrid – España, p. 269.

Dentro de la panorámica de la historiografía francesa, la obra de Paul Veyne, **Como se escribe la historia**, según Ricouer² posee la importante ventaja de unir un debilitamiento científico de la historia, con una apología de la noción de trama. La obra de Veyne queda inscrita en la misión propuesta por el autor de debilitar la pretensión explicativa y elevar la capacidad narrativa.

A partir de la proposición del narrativismo que tiende a ver las cercanías de la historia con la literatura, se propone describir algunos aspectos que abren puntos de contactos entre ambas disciplinas y dentro de los mismos aquellos que los mantienen separados.

La historia como un relato de acontecimientos verdaderos

Según el historiador francés Paul Veyne la historia es un relato de acontecimientos. Lo vivido tal como sale de las manos del historiador no es lo que han vivido los actores; es una narración³. La vivencia de los protagonistas en el relato histórico no coincide con lo vivido en la realidad. Es una narración, por lo tanto ésta es siempre incompleta. Se cuenta una sucesión de acontecimientos desde un punto de vista. La historia no puede ser captada en una totalidad, sólo se aborda una posición; desde un lugar, donde se tenga una sola perspectiva.

Por esencia, la historia es acontecimiento por medio de documentos. El documento, es por decirlo así, la materia prima; pero la forma es el relato o narración histórica. La narración no escribe el acontecimiento como un hecho, tal cual como ocurrió exactamente, sino que lo cuenta, lo describe, lo lleva literariamente a la luz en forma de intriga.

¿Cómo se presentan los acontecimientos? Cada acontecimiento es diferencia, por eso nos interesa la historia. Muy distinto a la consideración de toda ciencia, que trabaja sobre las leyes basadas en la regularidad. La individualidad de los acontecimientos se determina más que por su contenido, por su tiempo. Es decir en el hecho que sucedan en un momento dado. La historia no se repite nunca, porque simplemente hoy no es ayer.

Lo relatado debe ser verdadero en la historia, y no importa si lo acontecido es aburrido o entretenido, si es común o una rareza, si es bello o feo. Sólo por ser un

² Op. cit., p. 269.

³ Paul Veyne. **Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología**. Editorial Fragua, Madrid, 1972. p. 12.

suceso, es digno y legítimo de ser narrado.

La historia está llena de mutilaciones que dejan de registrar un sinnúmero de acontecimientos de distinta densidad, y al captar una parte de una época o un pueblo, la historia no habla de esa época o de ese pueblo, sino de lo que se sabe de ellos, o más bien de lo elegido de aquello que se sabe.

De hecho la historia se nos presenta como incompleta, y los historiadores tienen la libertad de ahondar más allá de los límites de los grandes acontecimientos, las guerras, los gobernantes, los tratados.

Las narraciones posibles sobre un grupo de acontecimientos, son un océano por navegar. Están llenas de sucesos por aspirar hacia el centro de una intriga. Por lo tanto la historia está repleta de futuro. Así es que lo que ha ocurrido, lo verdadero, podría ser esto y/o aquello.

Los hechos por narrar, lo virtual, son más grandes que lo conocido. Mientras más se conoce en historia, menos se acumula. Así es que, en el fructífero avanzar del hombre, lo que le ocurre, no se fija una vez y para siempre. Sino aquello que es un único evento acontecido, es capaz de desplegarse inevitablemente en distintos relatos una y mil veces. Es decir se invierte y multiplica el campo de lo desconocido. Al convocar un nuevo acontecimiento, le damos vida a la posibilidad de existir a lo "sido", al ser de lo fue.

No hay pues, en los planteamientos del narrativismo, y como durante tanto tiempo se ha estado haciendo, una línea troncal del cual, como vértice jerárquico, cuelgan todos los hechos "insignificantes". La historia política alemana, es una historia más, tan historia como la historia de la vida artística de los Olmecas, o el sistema cambiario de la Dinastía Míng.

La elección de la validez de una serie de acontecimientos viene no por establecer una clasificación hegemónica de elites visibles que se reconocen por el "casco" que ostentan, sino por estar inscrito en una serie.

Bajo este punto de vista, la historia en términos de Veyne, no es científica, y no tiene método. En esta vertiente del narrativismo se aparta la historia del historicismo. Se despoja la historia de toda rivalización entre Ciencias del Espíritu y de la Naturaleza pretendida por aquel movimiento.

¿Acaso los hechos verdaderos en la historia, la hacen súbdita de la ciencia, aunque sea una ciencia propia y específicamente histórica? Para Veyne el campo invasivo hacia lo indefinido de la historia, entre muchos aspectos, la hace inclasificable en el rótulo científico. La historia no necesita ser ciencia, es simplemente conocimientos de hechos verdaderos, es un relato verídico. Lo verdadero puede abarcarse más allá de lo científico, y no por ello la historia desmerecer al sentarse junto a la mesa con la física, la filosofía, o la biónica industrial. La historia con la corriente narrativista deja de acomplejarse en el intento por parecer ser una ciencia.

¿Estará en lo verídico la dignidad de la historia? Tal vez en lo verídico radica su definición. Porque quién diría que el devenir de la ficción no agrega síntoma de conocimiento al ser humano, o al modo de vida de una sociedad. Si en Esquilo, Cervantes o Virginia Wolf no están las invenciones más lúcidas de su mundo, no reflejarían tanta luz para representar también un pedazo igualmente mutilado de lo vivido por ellos.

El asunto es que lo inventado también aconteció, y la literatura y la historia de la literatura, también forman parte del “cosmos” historia. Porque a fin de cuentas todo pertenece a la historicidad, y todo puede ser digno de ser historia.

La idea trascendental de historia concebida por Veyne no puede ser escrita, la historia predeterminada hacia un destino universal descifrable, esclaviza al historiador a un deber interesarse por el camino prefijado. La realidad del historiador es muy distinta. Está marcada por un indeterminado número de motivaciones que lo llevan a escribir.

Por lo tanto fracasará todo intento por reducir la historia con mayúscula, a una fórmula que contamine todo el pasado. No sabemos en que dirección se dirige la historia, para qué lo hace, si lo hace hacia alguna parte. Las respuestas dadas a tales cuestionamientos son supuestos que pertenecen a los espejismos de corrientes dogmáticas.

Estoy de acuerdo con Veyne al decir que es imposible determinar una escala de importancia que no sea subjetiva. Es imposible evitar ser selectivos, y es la única manera de ser verídicos. Se toma posición para recoger lo visible de la perspectiva elegida. Constreñir en una mirada todas las miradas del mundo pasado y futuro como la panorámica de la verdad, es tiranizar en una teoría lo que es una interpretación. Cualquier tema surgido desde cualquier circunstancia puede ser historia.

La poesía y la historia

La historia en sus orígenes se da en la poesía. La poesía griega tenía el carácter de narrar hechos de historia; es en ella donde el discurso histórico cobra vida. Los elementos retóricos de la poética son más que la forma, es el modo donde se organiza el material confuso de hechos y documentos, que antes de la narración el historiador poseía como muerto⁴.

Antiguamente, la relación entre historia y poesía fue muy estrecha, ya que sólo en la narración podía encontrarse el sentido en los acontecimientos. La poesía toma partido por el pasado, ese tiempo original donde se fundan los héroes. La poesía canta sus historias. La memoria del poeta se traslada, al igual que el historiador, a los hechos pasados. Ambos fijan un inicio y siguen la sucesión de los hechos, tan fielmente como les sea posible.

Ahora bien, frente a esta estrecha relación entre poesía e historia, Aristóteles señala diferencias en su obra **Poética**. La primera gran diferencia sería la función del relato en cada una de ellas. El poeta dice lo que podría suceder, y el historiador lo que sucedió.

La poesía se refiere más bien a lo general, en cambio la historia dice lo particular. En este aspecto el poeta puede elevar su relato a un punto más alto que la historia, eliminando lo sobrante, lo superfluo. Por medio de la voz del poeta pueden ser oídas las motivaciones del personaje, y desplegar libremente lo probable del acontecer.

La poesía remite a lo universal por lo tanto apela a lo imposible verosímil respecto de lo posible increíble que se da en la historia. Las invenciones verosímiles están permitidas en la poesía, para atraer al espectador, y estas según Aristóteles deben estar insertas de una determinada forma en la narración, de tal modo que quitando alguna no quede roto el conjunto⁵.

Otra diferencia que se deriva de la descrita, es que a la poesía le interesa aquello que merece ser relatado, los grandes acontecimientos del pasado. En todo caso el rasgo distinto de la historia es que es un tipo de relato, entre otros, que se forma con acontecimientos verdaderos.

⁴ Jorge Lozano: **El discurso histórico**. Editorial Alianza, Madrid, 1987. p. 115. Comentario acerca del discurso que realiza Menéndez y Pelayo, al ingresar a la Real Academia Española.

⁵ op. cit. p. 121.

En este relato se debe siempre comenzar por introducir un sentido, más que enunciar hechos en sí, como diría Nietzsche, y frente al énfasis en favor del discurso histórico, Roland Barthes señala que el mismo discurso crea el hecho histórico, esta es la tesis que resume el narrativismo en historia.

La intriga en la narración histórica

En la narración histórica, un cúmulo de hechos que residen en la historicidad, dispersos, son posibilidad de ser históricos, pero la narración los hace inteligibles. Según Walsh: “Lo que todo historiador busca no es relato escueto de hechos inconexos, sino una fluida narración en la que cada acontecimiento esté, por así decirlo, en su lugar natural y forme un todo inteligible”⁶.

La intriga es un episodio de la vida real que el historiador escoge y le da un límite de acuerdo a su parecer. Esta intriga, para que se le considere como tal, debe contemplar hechos con relaciones objetivas. Por lo tanto dentro de la elección subjetiva, debe haber dentro de ella una configuración objetiva, que la remita a una coherencia interna.

El historiador sigue el itinerario elegido, y el desarrollo de la intriga no tiene porque ser cronológico. Si fuera así, sería como tratar de darle a los acontecimientos esta falsa aspiración de totalidad. La idea no es poner todo, como registrar la edición en vivo de una crónica periodística, sino de seguir el ritmo de la intriga.

La temporalidad en la narración histórica es ficticia, en cuanto no puede atrapar la esencia del tiempo y su existencia no es correspondiente al tiempo cronológico lineal. Lo mismo que en la novela, la historia selecciona, simplifica, organiza, hace que un siglo quepa en una página⁷. Es una temporalidad escogida del pasado y virtual del futuro. Porque los acontecimientos históricos son susceptibles de ser narrados. Por sí mismo un solo suceso no narra. Si lo encarno dentro de una trama, se convierte en un acontecimiento histórico. Lo relatado son trazos mutilado, lo tejido con ellos se comprime y se expande, en un dinamismo elástico, de acuerdo a las directrices de la trama, que describe los elementos desde la coherencia interna de la misma.

⁶ Lawrence Stone. **El pasado y presente**, p. 108.

⁷ Paul Veyne. op. cit. p. 12.

Lo no historiado todavía, lo no episódico, es la historicidad de lo que no se tiene conciencia; es el ámbito de lo pendiente, lo que está suspendido en lo ignorado o en lo inconsciente. No se determina la intriga, porque no se configura una nueva mirada en los hechos, que dicte un diseño para proyectar la construcción de ella.

Todo acontecimiento surge de un contexto que contiene una multitud de otros, que con su importancia relativa se jerarquizan e intervienen, con un sentido nutrido por la intriga.

Lo interesante de un acontecimiento estará dado por la intriga elegida. Un mismo hecho puede ser interesante en una trama, y dejarlo de ser en otra. O ser accidental en una y ser esencial en otra. Esta situación hace que el acontecimiento se convierta en un punto de llegada y de salida hacia múltiples direcciones por las cuales se puede construir un itinerario.

La intriga elegida se encarga de anular una existencia histórica que permita materializar el acontecimiento. Es decir los acontecimientos no tienen existencia real por sí mismos, son estos o aquellos. Solo la intriga los relaciona y les da sentido, es el nudo que amarra los entrecruzamientos de acontecimientos, y crea su propia extensión.

Una perspectiva elegida no puede desarrollar un caleidoscopio de puntos de vistas posibles. Por lo tanto es irrealizable en la militancia humana, compartir un gran geometral que contenga todos los puntos de vista. La historia vista así le pertenece a una pluma de carácter divino. No hay una historia que contenga o construya el Aleph literario de Borges (el punto que contenga todos los puntos sin superposición ni transparencia; aquel por donde se contemple lo inmaterial con la misma claridad que lo físico), sino parcelas unitarias, que en sí son una historia.

El afirmar que la historia se determina desde un punto de vista, es afirmar que evidencia verdades parciales de la realidad y como tal son necesarias.

Los temas de las tramas

Lo que antes carecía de valor, con los temas del narrativismo, hoy vuelve con el signo de lo común. Así el gran tema que tradicionalmente dominaba la historiografía, la política, baja su perfil para compartir el escenario con casi todas las actividades humanas. La historia total, las grandes hazañas, la historia de las ideas, se confunden en un todo posible de ser historiado. Todo rastro del hombre,

puede reconstruir una realidad. Por lo tanto los temas que carecían de historia como la dieta de un pueblo, hoy la tienen con igual prestancia, como la biografía de un jerarca.

La dignidad de ser historia se reparte en un abanico de posibilidades que despliega su mirada desde abajo. Surgen los acontecimientos como manantiales desde lo básico de la vida. Ahí está la fuente inagotable de temas.

El punto cenital desde el cual se proyectan las directrices de la historia, el motor de la existencia humana, se diluye. Tal vez la historia oficial de los pueblos no se deba leer desde la letra visible de los documentos oficiales de sus gobiernos. Porque no entenderemos a quienes está dirigido el decreto. O tal vez, su lectura pueda ser descontextualizada. Porque ser gobierno hoy no es ser gobierno ayer.

Siguiendo el ejemplo podremos decir que los fundamentos que sustentan estos documentos, están inspirados por motivaciones subterráneas. Lo de abajo, lo básico ira construyendo, piso por piso lo de arriba. Por lo cual la mirada del historiador, al auscultar las acciones de un pueblo, se topa con la punta de un iceberg, cuya poderosa masa, se haya soberana en las corrientes de las acciones de los anónimos que han poblado la tierra.

Lo escrito en la historia entonces, no se refiere tan sólo a lo epidérmico y visible que las sociedades han puesto a nuestros ojos. Por supuesto que se nota más el mandato de un faraón, que la acción de poner la piedra en la pirámide por un esclavo. Pero no por esa visibilidad de los documentos o los testimonios, vamos a entender las mentalidades colectivas que hicieron posible esos sometimientos y ese poder.

Lo que nutre a los temas no se raciona desde las elites, sino son todas las motivaciones e intereses que alimentaron las acciones de los pequeños y medianos. Hoy los héroes son los comunes; el espacio lo cotidiano; el paradigma la experiencia individual.

Los temas de la trama se componen y despliegan ahora en una diáspora de fuentes, que en una carrera desbocada, se mutan y degeneran. Por lo cual el historiador se desorienta al escandilarse con la *infinidad de restos, huellas, voces, obras, registros, etc.*

El rigor científico, la apelación al método, la historiografía tradicional se

sobreesee, deja de significar, en los dictámenes de la multitudinaria emanación de temas posibles para el autor. El historiador, libre y creador, puede escoger un repertorio e interpretarlo en la trama. Será la trama, la intriga tejida, la que simplemente sea elegida, aquella que sostenga una historia. No la historia, ni esa historia, sino cualquier historia.

En el resurgimiento de la narrativa se ha convocado a unos nuevos contenidos históricos que denotan las influencias y alteraciones mixtas que fluyen en las sociedades actuales. El individualismo, la corriente psicoanalítica, la fatiga de las ideologías utópicas, la atracción de conocimientos antropológicos, ha creado un renacimiento por los sentimientos, las emociones, las normas de comportamiento, los valores, los estados mentales. Existe una sustitución de áreas. Antes del narrativismo reinaba la sociología y la economía en la temática y modo de enfrentar la historia. Con el advenimiento del narrativismo, la historia acoge la antropología, como la disciplina más influyente en las ciencias sociales.

El desarrollo de la trama

La corriente narrativa busca sintetizar y dar claridad a los acontecimientos relatados, por lo tanto se aleja del academicismo. El problema surge en dar a los acontecimientos reales la forma de un relato, porque estos no se presentan como relatos. Hay que dar una forma a los contenidos. Narrativizarlos es darles un gesto de realidad en la forma, con un contenido que es real. Es dramatizarlos en la trama, como si fueran imaginarios.

Pero la literatura tiene distintos modos de enfrentar una trama que la historia. La actitud del historiador es muy distinta que la del escritor. Por supuesto que la historia – grafía, es una historia escrita, pero la manera de enfrentarse a este tipo de escritura se aparta del tratamiento de ficción.

El historiador en un gran tema de interés prefijado, inicia su trabajo y se plantea unas inquietudes por indagar hasta que, después de una serie de trabajos con documentos y lecturas, puede llegar a determinar una hipótesis, premisa o campo de la trama. Sin embargo el escritor, se enfrenta sólo a sus motivaciones internas, para elevar la premisa y desarrollarla. Es como cuando el pintor se sienta frente a la tela, y tiene delante de sí un fondo blanco. Ahí en ese momento se cristaliza una imagen por crear. El que escribe, por ejemplo, guiones, inventa una premisa que encierra toda la fuerza de una trama en dos frases. Es decir se concentra en la premisa el desarrollo del modelo aristotélico, el principio, medio y final de un relato.

El historiador, en cambio debe tratar con hechos verdaderos que se encuentran dispersos, pero se transformarán en acontecimientos históricos cuando les demos un orden que inicialmente planteó una especie de hipótesis.

El escritor desarrolla la trama, en un modelo estructural del relato que atiende más a la escritura que a los hechos que relata. Lo que manda en el escritor es su forma de desarrollo. Una historia escrita, para un libro o una película, tiene una estructura que exige una coordinación, un ritmo, un lenguaje muy apropiado.

Así vemos que en el modelo aristotélico, aplicado a las historias de ficción, el principio contempla un planteamiento de conflicto que estará presente en todo el relato. Este conflicto se enunciará agresivamente para desencadenar la trama que envuelve, protagonistas, personajes secundarios, temas de fondo que sustentan la trama, temas secundarios que se insertan contrapuntísticamente, desarrollo de arquetipos en la creación de personajes, en fin una serie de elementos literarios en los que el escritor se ve obligado a responder. En este primer acto se presentan los personajes, sus relaciones, el lugar o espacio, el tiempo o nudo conflictivo que permite el movimiento de la trama para lograr las posibles soluciones de este conflicto. El tránsito entre este primer movimiento y el segundo, lo da generalmente un punto de giro, o una escalada de ellos, que tuercen la dirección del argumento hacia otras dimensiones insospechadas que aceleran violentamente la acción.

En el segundo acto, medio o desarrollo de la trama, el ritmo se decanta y surge la extensión de la intriga. En este momento se cambia el escenario de las acciones, existe un contraste entre el espacio del principio y del segundo. El desarrollo de los temas y personajes secundarios, la relación de estos con los principales. Hay una mayor profundidad en los tratamientos de los hechos. Aparecen más obstáculos por lograr resolver el conflicto principal, los personajes deben esforzarse mostrando otras facetas para ver si se doblegan a ellos. Generalmente es en este momento donde la ficción exige mayor destreza del escritor. Porque el relato suele alargarse demasiado, perder el atractivo y dinamismo del planteamiento.

El final, resolución o tercer movimiento sobreviene después un punto de giro más agresivo que el que permitió el paso del primer movimiento al segundo. En este momento todos los conflictos de la trama se precipitan en una resolución, por lo que la acción a veces se vuelve delirante. Los personajes se retiran después que la solución del conflicto que inscribió la premisa original se ha resuelto, o ha quedado suspendida en un final abierto.

En la escritura de ficción, es la escritura la que impone una serie de elementos literarios que el historiador no ocupa. Porque la historia como ya dije, desarrolla una trama cuya forma la determinan los hechos que el historiador compone. El historiador omite estos aspectos de puntos de giros, de aceleramiento, de arquetipos. Es inconsciente al usar algunos de estos recursos. Aunque el escritor investiga bastante antes de iniciar una novela, el historiador investiga siempre.

El desarrollo de la trama en la narración histórica no será científica, ni literaria, será histórica. Esto quiere decir que los hechos que convocan la trama estarán unidos por ella, en una objetividad del campo de estudio que el propio historiador eligió. Dentro de esta elección, él se encontró con un espacio, personas y sucesos determinados, que aunque sean dinámicos en el tiempo y puedan ser desechados algunos, deberán ser relevantes los hechos de la trama elegida. El final en historia es siempre un final abierto, sin resolución de conflictos. Los personajes no se retiran del escenario, sólo se dejan de ver en la densa acción del devenir histórico.

Ahora bien, la problemática de la historia dentro de la filosofía se orientará a otros asuntos que pertenecen más bien al lenguaje. Se hablará más bien de un “giro lingüístico”⁸, que permitirá el abandono de la explicación. Se desarrolla toda una corriente dentro de la filosofía analítica que declara el conocimiento histórico como aquel que se produce en una narración. Narrar no es describir acontecimientos, sino dar sentido a una trama en el tejido de acontecimientos narrados. Habrá un sinnúmero de elementos mezclados que ordenarán una unidad temporal de una acción completa, donde los sujetos y sus acciones cobran un principal interés.

La labor del historiador con la fuerza de la corriente narrativista cobra un poder seductivo pocas veces vista. El historiador es creador; es dueño de una libertad inusitada; es autor. Con esta característica la historia flota hacia la superficie accesible de un público no erudito en materias históricas. Las publicaciones históricas van nadando hacia orillas antes desiertas de la vida del pasado. Los mundos narrados en la historia de anónimos pueblos y personajes hoy son tanto o más atractivos que una novela del tipo best seller.

Así el que se dedica a la historia, el que se vuelca a ella, puede ser llamado escritor, y darla a conocer por medio de nuestras esperanzas, sueños y percepción del pasado impreso en el presente.

⁸Edición de Reyes Matte. **Filosofía de la historia**, Enciclopedia Iberoamericana de la Filosofía. Editorial Trotta S.A., Madrid, 1993. p. 212.